

La profetisa Ana

Mujer viuda
y anciana,
escogida por Dios
para recibir
a su Hijo
y representar
a las mujeres
en la primera
acogida
al Niño Dios.

Por: P. Martirián Marbán

Tengo que agradecer al evangelista Lucas que investigó y encontró en la tradición oral mi encuentro con Jesús niño. Seguro que entre los pastores y los sabios de Oriente había mujeres pero esa tradición se perdió. Como era costumbre entre nosotras las judías, a los trece años me desposaron con Arfaxad, tres años mayor que yo. Por supuesto, no me consultaron. Pero él se portó bien conmigo a pesar de no darle hijos. Hoy ustedes se preguntarían si el infértil era él, pero en aquellos tiempos todas las culpas recaían sobre las indefensas mujeres. A veces me pregunté si sería un castigo de Dios, como me decían las vecinas, pero yo no encontraba el por qué y soportaba con dolor pero con confianza en el Todopoderoso mi exclusión de las que esperaban poder ser madres del ansiado Mesías.

Mi esposo murió hacia el año 84, antes del nacimiento de Jesús en las revueltas de Alejandro Janeo con los fariseos. Había ido a visitar a un pariente en los límites de Samaría, pues vivíamos en Ain Karim, cerca de Jerusalén, la capital. Aunque iba desarmado lo confundieron con un combatiente que huía y ahí mismo lo remataron. Al menos, eso fue lo que a mí me dijeron.

Mis vecinas coincidieron con un levita que accedió a hablar conmigo en que algo habría hecho yo o mis padres para quedar tan desamparada. Por eso prometí al Dios de nuestros padres dedicarme por entero a Él. Y dónde mejor que en el gran Templo de Jerusalén, orgullo de nuestra nación, lugar de presencia del Dios

Todopoderoso, pero clemente, misericordioso y compasivo. Ahí expiaría mi supuesta culpa y me prepararía para la llegada del Mesías. Interiormente me sentía en paz.

Tenía una tía, Betsabé, hermana de mi madre, que vivía fuera de las murallas de Jerusalén y había sido muy afortunada, pues tenía siete hijos. Aceptó recibirme y yo le ayudaba en la crianza de los hijos y en las tareas del hogar; ni un solo día dejé de orar en los atrios del Templo y cuando crecieron sus hijos y me sentí menos agobiada pude dedicar horas enteras a estas visitas.

No podía pasar del atrio de las mujeres pero muchas noches me quedaba acurrucada rezando los salmos que había aprendido en la casa paterna y hasta me dormía allí. La guardia del Templo me respetaba al verme todos los días orando. Y algunas veces, los comerciantes que andaban por allí me regalaban alguna moneda o algo de comida.

Yo anhelaba que llegara pronto el Mesías para que estableciera la justicia de la que hablaban los fariseos, que cesaran los atropellos de los romanos y de Herodes y hubiera, al fin, la reconciliación entre los propios judíos.

¡Cuántas veces había expresado estos deseos a mi tía y a las esposas de sus hijos y a otras conocidas en mi larga

estancia en Jerusalén! Pero la opinión de las mujeres no contaba para nada.

Y pasaron los años, ya era muy anciana y casi no podía caminar, hasta mis familiares se burlaban de mis ayunos y oraciones.

Estando a punto de cumplir los 104 años, cuando llegaba al atrio de las mujeres casi arrastrándome, una mamá jovencita, viendo mi postración, me ayudó a apoyarme en una de las columnas. Entablamos conversación; por ella supe que estaba esperando a que José, su esposo, terminara los ritos de presentación del niño, y esperaba por los ritos de purificación. Al notar la envidia que yo sentía me dijo: “Si me espera, le enseñaré a mi hijo”, entonces, el esposo la llamó para los ritos de purificación. Por eso supe que se llamaba María. La espera fue corta pero ansiosa. Me sentí invadida por algo que no puedo describir, como un espíritu, como el que decían que tuvo nuestro padre Elías.

Al poco rato salieron con el niño. No sé cómo me vi corriendo hacia ellos. Con mis manos temblorosas tomé al niño en mis brazos. Inmediatamente se iluminaron mis ojos ya casi ciegos por el paso de los años. Comprendí que tenía en mi regazo al Mesías largamente esperado y di gracias a Dios en voz alta. Un pequeño grupo de mujeres se arremolinó en torno nuestro: unas incrédulas, otras escépticas, algunas con lágrimas en los ojos. El tiempo se fue rápido. María, temiendo que cayera el niño lo tomó nuevamente en sus brazos y se alejó con su esposo, pero en las miradas que cruzamos tuve la certeza de que al fin había llegado el ansiado Mesías y seríamos liberados.

Con un poquito más de fuerza en mis piernas regresé y conté a mis familiares este gozoso encuentro. Pocos me creyeron. “El Mesías llegará con un gran ejército”, me dijeron.

Durante los meses de vida que me quedaron no hice otra cosa que alabar al Altísimo y hablar del niño a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén.

Y ustedes, ¿han experimentado la liberación que les trae el niño Dios en la Navidad?

Alaben a Dios, denle gracias y prediquen esa Buena Noticia.

Lo que se dice de Ana se encuentra en: Lucas 2,36-38

EL ORIGEN DE LOS DICHOS.



“Las paredes tienen oídos”.

Cuentan los cronistas que la Reina Catalina de Médicis, esposa de Enrique II, rey de Francia, era muy desconfiada y perseguidora implacable de sus posibles rivales. Para poder escuchar mejor a las personas de las que más sospechaba, mandó a realizar pequeños hoyos, muy bien disimulados en las paredes y entre las molduras y adornos del cielorraso de todo el techo del Palacio Real. Este sistema de espionaje dio origen a la frase: “*Las paredes tienen oídos*”.

“Meterse en camisa de once varas”.

La frase tuvo su origen en el ritual de adopción de un niño en la Edad Media. El hombre que deseaba adoptar a un niño debía introducirlo dentro de una manga muy holgada de una camisa de gran tamaño tejida al efecto, sacando al pequeño por la cabeza o cuello de la prenda. Al salir el niño, el futuro padre adoptivo debía darle un fuerte beso en la frente como prueba de la paternidad aceptada.

La vara de 835,8mm era una barra de madera o metal que servía para medir cualquier cosa y la alusión a las once varas es para exagerar la dimensión de la camisa que, aunque era grande, no podía medir tanto como once varas. Esta expresión se utiliza cuando aconsejamos a una persona para evitarle complicaciones innecesarias.

“OK”

Durante la Guerra de Secesión, en los Estados Unidos, al regresar las tropas a sus campamentos y cuarteles sin tener ningún soldado muerto durante la contienda se escribía en una pizarra OK, lo que significaba cero killed, es decir, cero muerto. De ahí proviene la expresión “OK” que en la actualidad se usa para decir que “todo está bien”.

“Pasar la noche en blanco”.

Su origen se encuentra en la costumbre de ciertas órdenes de caballería que le exigían al aspirante, antes de ser nombrado caballero, pasar una noche en vigilia cuidando las armas. Esa noche el aspirante la pasaba vestido con una túnica de color blanco por lo que se decía: “*pasar la noche en blanco*”.

